

Viaje al delirio

Este film se inscribe en el contexto de películas con tema juvenil que nos llegan de los Estados Unidos. Los realizadores ilustran el problema generacional norteamericano: de un lado, los jóvenes, abiertos a un mundo de evasión y libertad sexual, enajenados en una sociedad que no entienden y que no quieren entender; y del otro lado, los adultos, incapaces de comprender, llenos de buena voluntad, pero inflexibles, impotentes ante una juventud que los desconcierta.

Como se ve, nada nuevo. Sin embargo, dos cosas llaman la atención. Primero, el film tiene la rara virtud de la ambigüedad. Al contrario de lo que sucede en otras películas, cuyos realizadores no ocultan sus simpatías por alguno de los dos bandos

(los "buenos" son los jóvenes y los "malos" los adultos, o viceversa), en esta cinta se busca mostrar el conflicto interno de unos y de otros y, también, los errores y las injusticias que se cometen de parte y parte. Los jóvenes no son sólo —aunque también— los honestos, los de la radical sinceridad, los desprejuiciados, los desinhibidos, sino, igualmente, los impuros, los que ostentan la misma inflexibilidad que critican, los inseguros, los desequilibrados. Y los adultos no son sólo —aunque también— los retrasados, los hipercríticos, los hipócritas, sino, al lado de ello, los que a su manera aman, se sacrifican, hacen el intento de acercarse y tratar de "entender"... Es decir, en sín-

tesis: no hay héroes, sólo hombres que viven situaciones.

En segundo lugar, y eso también es atrayente, se intenta reproducir una sencilla —pero aguda— situación familiar; un conflicto que puede ocurrirle a cualquier familia norteamericana, si no exactamente, si al menos en forma similar. Y aun en nuestro medio puede resultar ilustrativo el film para ciertos sectores y para ciertas familias.

La película nos enfrenta, igualmente, con el problema de las drogas. Este es su tema central, pero no ofrece ningún planteamiento nuevo al respecto. Puede resultar positivo para el público joven, pues resulta una crítica dura contra los alucinógenos.

TEATRO

"El Tartufo": purificación y risa

R. H. - V.

*"¡Ay, qué vivos
son los ejecutivos,
qué vivos son!
Del sillón al avión,
del avión al sillón,*

*del harén al Edén;
siempre tienen razón
y además tienen la sartén.
La sartén por el mango...
¡Y el mango también!"*

(Del canto al comienzo y final de la obra.)

Molière ha llegado al Municipal, recreado por Llovet y puesto en escena por Marsillach, para demostrar la vigencia de los autores que son realmente clásicos. No le ha recibido la corte de Luis XIV ni los pacatos pseudomoralizadores de su tiempo. Más bien se ha visto rodeado de una pequeña sociedad, cortesana también a su estilo, que no llega a llenar totalmente el teatro y que casi sin saberlo provoca a su salida un improvisado desfile de modas ante la atónita complacencia de los desprevenidos caminantes de El Silencio.

"El Tartufo" se ha presentado en Caracas escondiendo sus más profundas intenciones en forma de risa serena y contenida. Esta es la gran virtualidad de la comedia para los hombres de nuestro tiempo. Una crítica mordaz y segura, que atenta a la misma entraña de la seguridad complacida, no hubiera sido aceptada de otro modo; pero llega diluida en su disfraz ridículo y nos hace reír, sonreír más bien, para helar enseguida la sonrisa y dejarla seguir hasta la inteligencia como interesante materia de reflexión.

Pero ¿tiene sentido el hipócrita devoto de Molière con su atuendo semiclerical y su maletín de ejecutivo? En esta compo-

sición, aparentemente híbrida, descansa el mayor acierto de la obra. Puede parecer a algunos que ésta es una forma irrevolvente y heterodoxa de tratar un argumento. Pero siempre es legítimo aludir a los hombres de hoy con personajes de ayer, y recordar al espectador que la butaca de teatro es purificación, aunque reservada a los bolsillos que pueden pagar tan altos precios en las funciones caraqueñas.

Siguen siendo válidas las palabras del Rey cuando, después de una larga polémica, concede su autorización para la obra de Molière: "Ya que el deber de la comedia es corregir a los hombres divirtiéndoles, he creído, desde el puesto que ocupo, que no haré nada mejor que atacar por medio del ridículo los vicios de mi siglo." Sin embargo, si "El Tartufo" hubiese llegado hasta nosotros en su versión original, resultaría distante y lejano. Llovet tiene el mérito de aproximarlo y de convertir al hipócrita en su moderna formulación de ejecutivo.

En efecto, el resultado de esta trasposición es sorprendente. El nuevo Tartufo es hábil y taimado, no piensa por sí mismo, tiene una rara habilidad para acomodarse a la circunstancia, maneja el "telex"

a su antojo, baña de piedad gazmoña su refinado cinismo, acude a la autoridad cuando le interesa y sabe cómo burlarla. La confusión de consultor espiritual y asesor económico es una de las sátiras más sutiles que hemos visto en escena. Alude a personas totalmente cercanas y produce el escándalo de muchos Tartufos contemporáneos. No podemos olvidar las palabras de Condé, pronunciadas al acabar una de estas representaciones y dirigidas a los hombres de su tiempo: "La comedia de Scaramouche juzga al cielo y a la religión de las que estos señores no se preocupan en absoluto; pero la de Molière les juzga a ellos mismos y esto no pueden soportarlo."

No es, por tanto, una crítica a la auténtica piedad. Si lo es a la utilización de la piedad para fines inconfesables. No es un ataque a la religión, sino a sus deturpaciones. Tartufo escuece porque es un demolidor de mitos. Tartufo mueve porque lo vemos en la calle y en la oficina, en la reunión social y en la Iglesia. Sus referencias a la vida española son claras. Pero, entonces, ¿por qué nos interesa tanto en Venezuela?